

Tres análisis *

Jean Allouch

Tiene veinte años¹ en 1975; y va a pedirle un análisis a Lacan. Durante la primera entrevista, Lacan... se duerme. Pero a pesar de todo, al cabo de un momento, termina abriendo un ojo.

Aliviado, aprovecha para preguntarle —Entonces, ¿qué dice de todo eso?

Lacan —¡Eso se analiza!

Un tanto irritado por la jugarreta que parece constituir la respuesta —¡Todo se analiza!

Lacan —¡No! La piocha no se analiza.

Dime cómo te transforman y te diré quién eres.

Bachelard²

“Tres análisis”, este título remite al ternario mínimo exigido por una problematización analítica de la analicidad del psicoanálisis. Si en efecto analizar se relaciona notoriamente e incluso especialmente con el análisis —tal será, en todo caso, nuestro postulado³—, el analizar

* De L'Unebêvue, N° 7, E.P.E.L., París, 1996. Traducción: Silvio Mattoni.

1. Ocurrencia con Lacan contada recientemente en las ondas de radio francesas por el analizante concernido.
2. Citado por Jean-Claude Pont en su muy notable obra *La topologie algébrique des origines à Poincaré*, París, PUF, p. 119.
3. Sería heurísticamente interesante problematizar el análisis a partir del postulado inverso. Ventaja inmediata: el problema de la regresión al infinito (el análisis del análisis del análisis de...) sería cortado de raíz, mientras que aquí su solución pasa por un momento, ciertamente

deberá distinguir al menos dos análisis. Pero será preciso también transcribir la diferencia del análisis y de su otro (cualquiera sea su nombre: construcción, síntesis, dialéctica⁴), distinguirlo de un no-analítico. He aquí pues tres análisis: dos que deben distinguirse y uno que no lo es, pero que permite que cada uno de los otros dos lo sean. De inmediato, dos observaciones:

– Aun cuando el ternario sea un mínimo, inscribe un máximo de crédito dado al análisis, puesto que incluso lo que no lo es, gracias a una negación, cae bajo su dominio. Ese máximo identifica analicidad y racionalidad.

– Estando así sobre tres, la analicidad como tal no se sostiene en una simple fórmula —a menos que justamente su simplicidad se revele mínima con ese tres.

Nos proponemos recorrer cada uno de esos tres análisis, siguiendo un orden que no hay ninguna razón para considerar como conceptualmente significativo; en efecto, su motivo deriva de una actual y bastante contingente situación de la doctrina lacaniana, a saber, la influencia del primado del simbólico mantenida equivocadamente en esa doctrina (por un buen número de sus partidarios y de sus oponentes) como un rasgo que le sería esencial cuando no se trata más que de un momento de su historia⁵.

La analítica de lo transliterable

En la medida en que, desde esa noche griega de los tiempos que sigue siendo nuestra claridad, “analizar” consiste en descomponer, en distinguir elementos que a veces se pretenden últimos, analizar corresponde estrictamente a transliterar. La prueba mayor de la efectividad

breve, en que se deja que se despliegue esa posibilidad. Otra solución a la Wittgenstein: para no tener el problema del fin, más vale no comenzar.

4. Curiosamente, muchas cosas no se presentan aquí “naturalmente” a la mente, en la primera categoría de las cuales debería reservarse un sitio al mito. ¿Para cuándo una historia de lo otro del análisis?
5. Último caso de este error que ha llegado a nosotros: se ha escrito sin pestañear, en medios generalmente bien informados, que “[...] el Nombre-del-padre ha dado pruebas de su validez”. Los enfermos mentales estarán encantados de saber que en adelante les están permitidas todas las esperanzas.

de la operación llamada analítica es entonces la del ida-vuelta: después de haber analizado debe poderse reconstruir la complejidad de las cosas, incluso recrear la cosa misma con la ayuda de sus datos básicos que se han aislado. Casos típicos y químicos: la aspirina o la digitalina, en adelante clasificables dentro de la categoría de los un tanto injustamente llamados “productos de síntesis” —ya que dicha síntesis es en sí misma un producto del análisis⁶.

Esa reversibilidad fue puesta de relieve como un argumento en favor del carácter no científico del psicoanálisis; el psicoanalista, se hizo notar, aunque termine sabiendo aproximadamente todo de la vida psíquica de su paciente, en un instante *t* dado, sigue siendo incapaz de producir el próximo sueño, acto fallido o síntoma de dicho paciente; difiriendo del matemático que, partiendo de la fórmula algebraica de una función, puede decir exactamente dónde deberá inscribirse el siguiente punto de la curva, el analista no puede (re)componer; por lo tanto, tampoco analiza. El argumento es indetenible⁷. Bajo el nombre de “tratamiento científico del sueño”, por otra parte alguien como Wittgenstein no dejó de producir una versión de ello; pone de relieve que el psicoanalista no sabe inferir, a partir del relato de un sueño, el recuerdo del que se trataría⁸ —un hecho que la experiencia puede desmentir (lo que basta para recusarlo como objeción) pero, es cierto, no de una manera regular (lo que basta para impedir su anulación como hecho).

La equivalencia entre analizar y transliterar depende de una razón y tiene una consecuencia.

6. Estudiar si el recurso a lo viviente tal como lo pone en práctica el genio genético depende o no de una falta, de una insuficiencia de análisis, debería permitir abordar esta pregunta extraordinaria: lo viviente como tal, ¿tiene poderes analíticos?

7. Por lo tanto, si esto es analizar, el psicoanálisis no es un análisis. El presente texto pretende ser una respuesta a esta muy seria objeción y en el nombre mismo del análisis.

8. “Por otro lado, sería posible formular una hipótesis. Al leer el relato del sueño, se estaría en condiciones de predecir que el soñante puede ser conducido a rememorar tal o cual recuerdo. Y tal hipótesis sería susceptible de ser verificada o no. Es lo que podría llamarse un tratamiento científico del sueño”, Ludwig Wittgenstein, “Conversations on Freud”, notas tomadas por Rush Rhees de las conversaciones de 1943, en *Philosophical essays on Freud*, bajo la dir. de Richard Wolheim y James Hopkins, London, Cambridge University Press, 1982, p. 5. Ya las primeras notas del año 1943 decían: “*Herr* [en psicología especialmente freudiana, que sin embargo toma a la ciencia física como ideal de ciencia, que pretende usar la misma “métrica”] *it seems that we cannot say: if A = B, and B = C, then A = C, for instance. And this sort of trouble goes all through the subject*” (*ibid.*, p. 1).

Razón: el registro de lo transliterable está analíticamente orientado, vectorizado —siendo esto perfectamente compatible con la mencionada reversibilidad. Ahora bien, esa orientación es exigible para que podamos reconocer ese registro como analítico.

Consecuencia: lo que se ha creído delimitar como las aporías de la analítica en el sentido en que sin duda la psico-química representa bastante justamente su modo —aunque en Freud ese modo se encuentra, no sin algunas variaciones importantes, en otra parte antes que allí donde interviene la metáfora química⁹, en especial en la analítica de las lecturas tipo desciframiento—, encuentra su solución con la transliteración. Se trata en especial de la aporía artificialmente forjada a partir de un cuestionamiento del carácter terminable o no terminable del análisis (ver más adelante la liquidación de ese falso problema) a lo que responde en primer lugar el hecho de que a diferencia de una lectura hermenéutica ricœuriana, una lectura-desciframiento se cierra completamente¹⁰. Se trata también, paralelamente, de la no menos artificial aporía concerniente a la existencia de elementos literales primarios no descomponibles, a lo que se opone la teoría de la descomposición indefinida; esta otra aporía de la analítica fue planteada una vez más en un debate luego célebre Derrida-Lacan, no sin que Lacan aportara una solución sin duda parcial, abierta, pero también curiosamente por mucho tiempo desapercibida¹¹.

Aquí se pondrá de relieve el carácter orientado de la analicidad de lo transliterable a partir de dos ítems que, por cierto, puesto que ponen en juego bastante directamente la escritura, podrían permitir que las conclusiones que se extraigan se revelen pertinentes en otra parte antes que allí donde se establecieran. ¿En otra parte? En todas partes

-
9. Cf. Álvaro Rey de Castro, "Chimie d'un oubli", *La notion d'analyse*, Toulouse, PUM, 1992, p. 228-248.
10. Cf. Jean Allouch, *Letra por letra*, Buenos Aires, Edelp, 1993, segunda parte, capítulo 3 (traducción, transcripción, transliteración), y tercera parte: doctrina de la letra.
11. Cf. J. Lacan, seminario del 20 de marzo de 1957. El presente artículo prolonga el estudio de ese problema propuesto en *Letra por letra*, op. cit., p. 244 y sq. (id. est la lectura del texto "Paréntesis de los paréntesis", J. Lacan, *Escritos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1988, p. 48-55); se formulará, más claramente que en esa época, que un sitio como tal puede valer como letra. Este hecho simbólico plantea el problema de una posible articulación entre la analítica de lo transliterable y la del encadenamiento.

donde la escritura interviene con efectos de análisis. Se va a tratar pues acerca de los primeros desarrollos de las escrituras, las de las lenguas; luego acerca de las de los números, un dominio cuya extensión con respecto al de las lenguas está bastante drásticamente limitada y que resulta por esto que constituye un modo de la escritura más formalizable y de hecho mejor formalizado.

*Las escrituras de lenguas*¹²

No hay nadie, al menos hoy, que refute que la escritura alfabética no es solamente una escritura más y que tiene, como cualquier otra, sus cualidades y sus defectos (lo que ciertamente es el caso), aunque también tiene una ventaja sobre las demás, justamente con respecto a su capacidad analítica, y especialmente a su función de analizador del lenguaje. El occidentalocentrismo ha provocado muchas burlas, pero no es una razón para descuidar el hecho: esa escritura distingue mejor que cualquier otra los elementos del lenguaje. —¿Mejor?— Es decir, más precisamente, en mayor número, captando más de cerca el *flatus vocis* lingüístico. Paga el precio de ello, ya que no puede jugar el juego que consiste en considerar una pura transcripción de los sonidos del lenguaje y de hecho en transliterar los rasgos significantes que

-
12. Habiendo tenido lugar la exposición de la que resultó el presente texto en la *Maison de la chimie* ["Casa de la química"] (¡un lugar inevitable, dada la cuestión abordada!) en París, no puedo eximirme de advertir que hace diecisiete años (el jueves 6 de julio de 1979), en ese mismo lugar, durante las jornadas llamadas de "La transmisión" organizadas por la Escuela freudiana de París, estuve tratando acerca "De la transliteración en psicoanálisis". La cosa venía de un poco más atrás. La exposición hacía explícitamente referencia a otra, en el mismo lugar, "El engarzamiento de la transferencia", a fines de octubre de 1976, en la que había estudiado la articulación de las diferentes escrituras de la cadena L, e incluso la articulación de esa cadena con el esquema del mismo nombre, sin estar entonces en condiciones de darles el nombre de transliteración a esas articulaciones. En 1976, la "Jornada de los matemáticos" fue propuesta por un cartel que efectivamente los trabajaba, los estudiaba tan de cerca que, Dios sabe por qué, la jerarquía tuvo miedo. Le hizo saber al cartel que le daría su aval a esas jornadas a condición de que el cartel se dispersara, de modo que... (¡apuesten lo que quieran!)... no se dejara escapar lo clínico. Desgraciadamente, el cartel obedecería y la historia no dice si Lacan fue puesto entonces al tanto de esa lastimosa negociación, de esa lamentable ausencia de combate (se habrá entendido que yo formaba parte del cartel en cuestión). En un pequeño ejercicio de política ficción, imaginemos hoy un rechazo del cartel, luego el apoyo de Lacan a ese rechazo (hubo precedentes, casos en que Lacan se pronunciaba contra su corte), luego la realización de esas jornadas y los "clínicos" dando el portazo de la Escuela freudiana. ¿Habría sido una disolución cinco años antes? En todo caso una separación feliz, al menos en el hecho de que Lacan, a diferencia de lo que se produjo algunos años después, no hubiera tomado directamente la iniciativa.

lo componen, más que “descuidando” (dirán los espíritus con la filosofía mal colocada) el pensamiento, y abandonando un tanto el objeto (cf. el justamente célebre “esto no es una pipa”).

Así la escritura alfabética presenta un caso típico y ampliamente exitoso del doble movimiento de análisis (escribir alfabéticamente) y de síntesis (recuperar, leyendo, lo mismo que dio lugar a la escritura —hasta el punto de que se ha llegado a creer que esa escritura, “pintura de sonidos”, era una pura transcripción). Un excelente signo del carácter muy eminentemente analizante del alfabeto se nos ofrece en efecto cuando, leyendo en voz alta un texto escrito alfabéticamente, el lector-locutor pone a su oyente en posición de escucharlo prácticamente como si hubiera sido proferido por quien lo ha escrito antes incluso de que lo escribiera. Esta experiencia manifiesta más analicidad que su contra-experiencia¹³, a saber, la de dos letrados chinos que bien pueden leer, si se les pone ante los ojos a cada uno, un escrito ideogramático, captando el sentido cada uno en su lengua, pero que en cambio ya no se comunicarán si a uno de los dos se le ocurre conservar ese escrito delante suyo y leérselo en voz alta al otro, no entendiendo este último de esa manera sino cuic¹⁴. Dicho de otro modo, una mayor prueba del grado de analicidad superior de la escritura alfabética es el hecho de que allí donde funciona no es necesario para descifrarla más que ser muy moderadamente letrado.

Es así que sólo la escritura alfabética ha terminado sin dejar prácticamente ninguna libertad a la lectura de lo que inscribe a su manera;

13. En esta confrontación, dejamos de lado cierto número de determinaciones, como el tono o la gestualidad o el contexto que evidentemente intervienen para la determinación del sentido. Sin embargo, no parece que tal limitación oblitere lo que aquí nos esforzamos por subrayar: una verdad comparativa.

14. ¿Se dirá acaso que comparar estas dos experiencias no es conveniente puesto que los protagonistas de la primera hablan la misma lengua y los de la segunda dos lenguas diferentes? Está bien. Consideremos pues que también en la primera experiencia los dos interlocutores no hablan la misma lengua. Sin embargo, aun cuando tenga que estar en adelante sin comprender, el oyente escuchará lo que se le lee en voz alta “prácticamente como si el texto fuera proferido por quien lo ha escrito antes incluso de que lo escribiera”. Dicho de otro modo, las dos incomprendiones seguirán siendo esencialmente diferentes (tan diferentes como lo son las dos escrituras): el alfabetizado y el letrado chino se enfrentarán con un significante sin significación, pero el letrado chino no sabrá *a priori* (y con razón, ya que salvo excepciones ése no será el caso) que ese significante es aquel mismo que estuvo en el punto de partida de la composición del texto. La primera situación es dinámica, es la del niño que habita su lengua materna antes de hablarla, la del cinéfilo o el aficionado a la ópera que prefiere la V. O. y que entra por eso en la lengua; la segunda, en cambio, constituye un puro y simple impás.

ya en esto realiza algo así como un bastante buen ajuste (en el sentido deportivo del término) de la "función persecutoria"¹⁵ de la letra. Se objetará que a esa ausencia de libertad contribuye la puntuación. Pero el argumento se invierte: ¿no es la escritura alfabética la que a la vez se ha unido y apela, como ninguna otra, a un grado no alcanzado por ninguna otra, a la puntuación? La colocación de esa puntuación (comenzando por el espacio en blanco entre las palabras) habría subrayado por cierto que las fluctuaciones de sentido eran numerosas; pero fue justamente una virtud de la escritura alfabética el haber permitido distinguirlas, luego levantarlas parcialmente gracias a la puntuación¹⁶.

Finalmente, existe otra prueba decisiva de esta casi parusía de analicidad que es la escritura alfabética, es de orden dinámico: esa escritura se presenta como capaz de asumir la función de una enzima de analicidad en muchos dominios donde se la importa, mientras que paralelamente se enriquece desarrollando como por sí misma su capacidad analítica (ya mencionada: su promoción de la puntuación). Así se ha llegado a aislar en lingüística, para una lengua dada, un conjunto *finito* de fonemas (situados como "haces de rasgos distintivos", "componentes [lingüísticos] últimos" en número también definido para una lengua dada¹⁷), mientras que en el laboratorio de al lado se escribía, para no hablar más que de ella, la reducción del genoma humano en el alfabeto a las cuatro letras del ácido desoxirribonucleico¹⁸.

Las escrituras por lo tanto no son sólo diferentemente analíticas; lo son también más o menos. Como no se trata solamente de una cualidad, sino también de una operación, se las llamará más o menos *analizantes*. Así el dominio de la escritura pareciera analíticamente orien-

15. Cf. Jean Allouch, *Letra por letra*, *op. cit.*, cuarta parte.

16. Cf. Jean Hébrard, "A propos de deux portraits de saint Jérôme lisant", *Littoral* n° 1, Toulouse, Érès, 1981.

17. Roman Jakobson, *Fundamentos del lenguaje*, Madrid, Ayuso, 1973, p. 106 y p. 12. Además del artículo "Dos aspectos del lenguaje y dos tipos de trastornos afásicos", que citamos aquí por su importancia en Lacan, puede leerse también en "Fonología y fonética" (*op. cit.*, p. 11-70): "Los fonemas no denotan más que pura alteridad. Esta falta de denotación individual separa los rasgos distintivos y sus combinaciones en fonemas de todas las demás unidades lingüísticas" (p. 26).

18. Pronunciar a la Dalí.

tado. Para que esto quede establecido, basta con agregar a ese "más o menos" la noción según la cual las escrituras, cualesquiera sean sus diversidades, se articulan unas con relación a las otras. Ahora bien, es precisamente lo que aporta la transliteración.

La analítica de lo transliterable es inventiva. René Descartes, que contribuyó no poco en ello, lo subraya cuando escribe que el análisis "muestra la verdadera vía por la cual una cosa ha sido metódicamente inventada"¹⁹. Y Lacan a su vez ratifica la pertinencia y la fecundidad de esa "verdadera vía" precisando que Descartes habría sustituido las grandes letras con las que Dios creó el mundo por las pequeñas letras de un alfabeto que, pobres humanos, al fin podíamos usar puesto que ya no implicaba ningún saber divino dentro de esos ensamblajes literales que son invenciones nuestras²⁰. Con esos dos alfabetos, no podría decirse mejor que como lo hacía entonces Lacan leyendo a Descartes que esa verdadera vía analítica es la de lo transliterable.

Las numeraciones escritas

Los dos rasgos que acabamos de aislar en lo que concierne a la escritura de las lenguas se vuelven a hallar completamente cuando se trata de la de los números. Tratándose de un dominio más reducido y mejor formalizado que el de las lenguas, será más fácil todavía mostrar que allí también estamos en relación con un más o un menos de analiticidad entre las diferentes escrituras. Y que tampoco allí las escrituras son independientes unas de otras como si fueran otros tantos casos especiales, sino que son por el contrario articulables unas con otras, a veces incluso articuladas, la historia lo atestigua, y esas articulaciones son entonces transliteraciones.

La lectura de la monumental *Histoire comparée des numérations écrites* de Geneviève Guitel²¹, trabajo de una vida, convencerá a cualquiera de que lo que acabamos de afirmar no es más que una llana recupera-

19. René Descartes, *Secondes réponses*, AT, IX-I, 121 (citado por Benoît Timmermans, *La résolution des problèmes de Descartes à Kant*, París, PUF, 1995, p. 4).

20. Jacques Lacan, *Les fondements de la psychanalyse*, sesión del 4 de junio de 1964.

21. Geneviève Guitel, *Histoire comparée des numérations écrites*, prefacio de Charles Morazé, París, Flammarion, col. "Nouvelle bibliothèque scientifique", 1975, 862 p.

ción de dos de los puntos más cruciales de ese estudio. Guitel produce nada menos que una “clasificación jerarquizada” (ambas palabras cuentan) de las numeraciones escritas. Prueba así que los datos históricos recogidos, lejos de aparecer como librados a quien sabe qué azares de la historia, se inscriben todos, cualesquiera sean las incidencias efectivas de esos azares que por cierto no faltan, en el seno mismo de esa clasificación “matemática” (también esta palabra cuenta), encontrando en ella cada uno su sitio y por eso mismo sus relaciones con los demás. Guitel incluso escribe resueltamente (e infaltablemente se piensa en la tabla de Mendeleiev)²²:

Se constata que todos los casos posibles están históricamente atestiguados, lo que es notable.

Desde las numeraciones de adición hasta las numeraciones de posición pasando por los tipos híbridos, se dibuja un vector que inscribe un más o un menos de analicidad (ver cuadro página siguiente).

Entre los lacanianos, será entretenido notar que los sabios árabes llamaban “nudo” a cada conjunto compuesto por la potencia de la base x^n y su coeficiente (a, b, c, etc.), dicho de otro modo, a cada monomio que compone ese polinomio que es un número cualquiera y que en el álgebra contemporánea puede escribirse:

$$ax^n + bx^{n-1} + \dots + cx^2 + dx + e$$

Pero sin duda se iría más allá del entretenimiento al advertir que la prueba decisiva para la evaluación del grado de analicidad de una numeración dada es la... división-término que Lacan elevó a concepto. Dividir $4x^3 + 7x^2 + 2x + 7$ por $8x + 3$, cuando esos números están escritos en una numeración de adición, es un asunto de los más complicados, una verdadera expedición. ¿Cómo se procederá, por ejemplo, en la escritura egipcia? El problema será tanto más arduo cuanto que preocupaciones estéticas y religiosas revolverán un poco las cartas, conduciendo a escribir el 4727 no en un orden creciente o decreciente de potencias de la base si-

22. *Ibid.*, p. 710.



La numeración de posición, muy notablemente (queremos indicar así que hay en esto un hecho capital), se obtiene partiendo del citado polinomio mediante un *borramiento* a la vez nítido y parcial de la escritura de las potencias de la base; éstas ya no se inscriben sino por la *posición* (de allí el nombre de esta numeración escrita) de los coeficientes que les corresponden —lo que por cierto implica la invención de un cero de posición (cuya incidencia seguía siendo a veces parcialmente virtual, como en el ábaco). Se ve aquí que el sitio como tal (es decir, marcado, o sea: lo local, aunque no puede tratarse más que de un plural, o sea: los locales) puede funcionar como letra. Por lo tanto, seremos llevados a señalar que el problema de la relación entre letra y sitio escapa parcialmente a la analítica de lo transliterable, y que exige para ser tratado la puesta en juego de otra analítica, la topológica del encadenamiento.

El imaginario, una analítica de lo no-analizable

Segunda analítica, negativa o, mejor dicho, negativista. Tiene su razón de ser conceptual, ya que el concepto de análisis, como todo concepto digno de ese nombre, no puede plantearse sino diferenciándose por lo menos de otro concepto, el que lo niega. Tal es la función destinada al imaginario. El imaginario se constituye como analítica en el sentido de la distinción, en este caso la distinción de imágenes; pero esta analítica rechaza en seguida el análisis en que los elementos que se distinguen se presentan inmediatamente como indivisos, como indivisibles, dicho de otro modo, individuos. El imaginario es el registro de validez del individuo.

Su instancia se sostiene pues en particular en la fórmula según la cual *no todo lo que constituye al sujeto depende de la analítica de lo transliterable*. ¿Cómo se ha captado esto? Gracias a un hecho a primera vista paradójico, que Lacan ha cifrado de muchas maneras y que acompaña la regulación de sus enunciados sobre las psicosis. Se trata del hecho siguiente: el analizar en el sentido arriba precisado no aparece nunca tan imperiosamente convocado y puesto en práctica como allí donde desfallece la instancia de lo que en verdad hay que llamar una imagen, una imagen con la que el sujeto como yo, en el desconocimiento de su alteridad, se habría identificado. Esa imagen, “uniana” y no “unaria” (como lo son los elementos de la analítica de lo transliterable), exige como tal ser situada fuera del registro analítico. ¡Evidentemente, fuera del campo freudiano! Con esta última observación, se vislum-

bra la violencia que habrá podido provocar dentro del malentendido la intervención de Lacan en 1936 en Marienbad²³.

En efecto, la imagen como tal no es una composición de trazos literales. Y el cuadro, tal como se puede esperar, acentuará ese carácter: sus trazos no constituyen sus elementos en el sentido en que la letra "l" es un elemento de la palabra *lettre* ["letra"], al cual se puede sustituir por una "m" y obtener así *maître* (*mettre*, *mètre*) ["amo", "poner", "metro"], por una "n" que da *naître* ["nacer"], por una "p" que da *paître* ["pastar"], etc. Un elemento semejante forma parte de uno de esos conjuntos finitos de elementos discriminantes que estudia la fonología. El acto pictórico no come de este pan lingüístico. No es una escritura. Un trazo de lápiz o de pincel de un Dalí o de un Mathieu²⁴ no son inscribibles dentro de tales conjuntos formalizados. Un cuadro afecta de modo distinto que un texto.

Y sin duda que Lacan, contemporáneo del surrealismo, con su distinción fundamental del simbólico, del imaginario y del real, fue uno de los que más radicalmente tuvo en cuenta, tomó nota de esa especificidad de la imagen, de esa irreductibilidad de la imagen a cualquier otro orden que no sea el suyo —un hecho del que sin duda no es abusivo decir que en acto, una gran parte de la pintura moderna (impresionismo, surrealismo, cubismo, abstracción, hiperrealismo, action-painting, etc.) habría consistido en interrogarlo. Así Lacan llegó a atribuirle al cuadro una función específica: es trampa de mirada.

Por lo tanto, si el término "rasgo" nos remite al *einzigster Zug* freudiano, dicho de otro modo, a un elemento simbólico, se deberá admitir que la imagen no está hecha de un conjunto de rasgos. Fue uno de los grandes errores del primado del simbólico el dejar, si no creer eso, al menos entenderlo. No hay más análisis posible de la imagen que distinción de un pretendido rasgo simbólico de la imagen. Nunca se ana-

23. Jacques Lacan, "El estadio del espejo, teoría de un momento estructurante y genético de la constitución de la realidad, concebido en relación con la experiencia y la doctrina psicoanalítica". Este texto capital, en el año de gracia de 1996, o sea cincuenta años después, aún no ha sido publicado.

24. Dalí ciertamente por su obra, pero también por su aporte sobre la paranoia crítica; Mathieu ciertamente no menos por su obra, pero también porque ha intentado, aunque fuera inhábilmente (pero en semejante dominio, ¿quién es hábil?), decir en los términos del lenguaje e incluso de la lingüística, con su noción de *significidad*, la especificidad del arte (Georges Mathieu, *De la révolte à la renaissance, au-delà du tachisme*, París, Gallimard, col. "Idées", 1973).

liza más que un rasgo simbólico sobreimpuesto a la imagen, tal vez sintomáticamente apoyado en la imagen, perturbando la imagen pero no alcanzándola en tanto imagen.

Y que no se nos vaya a oponer aquí la “numerización de la imagen” como prueba de que la imagen podría ser reducida a series simbólicas de 01, de que el imaginario no es una dimensión específica sino que se deja reabsorber íntegramente en el simbólico. Puede en verdad dividirse en pequeñísimos cuadrados de diversos colores un cuadro de Picasso, y algunos copistas, mucho antes de Picasso y de la informática, procedían así. ¿Se habrá pintado por ello un Picasso, al reproducir en otra parte cada uno de esos pequeños cuadrados? A lo sumo, si se lo pretendía, divertirse a costa suya. El embrollo de dicha imagen numérica se redobla hoy con otra, no menos falaz e ilusoria: la “scanerización de la letra”. Esa scanerización de ninguna manera equivale a una lectura, es decir, a un reconocimiento de la letra en el ejercicio de sus funciones literales. En verdad, como los policías de *La carta robada*, se puede cuadrricular el espacio en torno a la letra “l”, aislar así pequeños cuadrados negros y blancos, luego reproducir esa cuadrícula y colorear sobre esa nueva grilla los cuadrados negros y blancos diferenciando la “l” de su entorno. ¿Acaso por ello la máquina que procede así habrá leído la letra “l”? Ciertamente que no.

L

¿Existe por sí mismo, para sí mismo, en sí mismo, algo así como una imagen del bosque? ¡Sin duda que tampoco hay, según Lacan, imagen posible de un seno! Pero está la palabra. Un determinado tipo de imagen del bosque, su esquema digamos²⁵, depende en tanto imagen distinta del nombre “bosque” —como la imagen del yo, a propósito de la cual las más recientes investigaciones psicológicas muestran que no se halla constituida sino bastante tardíamente, cerca de los tres años, en el momento en que el niño puede asociarla con su nombre. Sin embargo, la recíproca no es verdadera: que la constitución de determinadas imágenes (no justamente la del cuadro, lo que diferencia a la imagen sublime

25. El término remite por supuesto a Kant, aunque también a los estudios de lo que en verdad debió llamarse, incluso en el psicoanálisis (*cf.* Françoise Dolto), “esquema corporal”

del esquema) pase por el nombre (el cuadro tiene un título, y sin embargo no siempre) no implica que el nombre nombre a la imagen. El nombre no dice la imagen, y por otra parte, si quisiera decirla, ya pone en juego otro registro. Así existe la imagen del bosque como de todas las figuras libidinales: desde el momento en que un nombre las designa, ese nombre no les conviene. Ese hecho, que fue teorizado como lo "arbitrario del signo", aparece claramente con los términos que se supone indican las partes anatómicas sexuales. Si en el contexto del presente texto, aunque esto seguirá siendo cierto con todo contexto de todo discurso posible, escribo "cojón" será grosero, "testículo" un tanto demasiado neutro para ser honesto, "morcillita" o "lindito" demasiado poético, "carnerito" o "bola de trapo" demasiado argot, "avellana" demasiado pesimista, "bolsa" demasiado anal, "aceituna" o "sachet" demasiado oral, "pelota" demasiado lúdico o demasiado chistoso, etc.* En breve, ese objeto no puede de ninguna manera ser designado por un nombre que volvería la designación hablando propiamente estable y como impersonal. El objeto se desliza, el objeto, decía Lacan, es metonímico.

¿Admitiremos entonces que, forzando las cosas más allá de esta imposibilidad de captar la imagen por y en la palabra, puede considerarse algo así como una relación directa, inmediata, algunos dirían "perceptiva", con la imagen del bosque? ¿Pero cuál será entonces esa imagen? ¿Acaso se verá el bosque desde afuera como un muro de árboles, tal como a menudo, en el teatro, el de Birnam? ¿O bien desde adentro, inserto en su inextricable vegetación como la mosca en la telaraña? ¿O desde lo alto, como un tapiz verde? Decididamente no, no hay imagen del bosque en sí, y no solamente porque el bosque [*forêt*], como la etimología de su nombre lo indica, (*foris*) es el afuera y que no se ve (hay que decirlo) cómo tener una representación de un puro afuera, de algo que sólo parecen poder habitar, entre los humanos, aunque humanos de excepción, el loco, el sabio e incluso el leñador²⁶. De este modo, lejos de considerar la ausencia de imagen del bosque como una excepción, nos basaremos en ello para acordarle a todo objeto, si es que semejante entidad pueda tener alguna consistencia, el estatuto de un afuera sin otra imagen que

* Doy traducciones casi literales de los términos franceses *coville*, *testicule*, *amourette*, *mignonette*, *roubignole*, *burne*, *noisette*, *bourse*, *olive*, *berlingot*, *bille*; cuyas metonimias y sus contextos no coinciden con los usuales en castellano, sin hablar de las diferencias entre el léxico procaz español y el argentino, dentro de éste entre el porteño y el cordobés, etc. (N. del T.).

26. Cf. Pierre Bergounioux, *Ce pas et le suivant*, París, Gallimard, 1985.

la que le adhiere su imaginarización. Ahora bien, ésta es la acción de un sujeto. Así el bosque nos parece de mayor valor paradigmático (en eso está su *foreign office*) que el árbol que en efecto lo oculta y sobre la imagen del cual se quiso sin embargo fundar una lingüística²⁷.

A fin de captar también de otro modo esta no-existencia en sí de la imagen, uno puede remitirse a la conjetura de Lacan sobre el origen de la escritura. Desde el momento en que la imagen (en este caso el esquema) escribe el nombre, puede perder su aspecto figurativo, despojarse de lo que la hacía representativa del objeto. Pero antes de la intervención inaugural del *rébus* de transferencia²⁸, que exista esa rigidez del lazo entre la imagen y el objeto, esa no-disponibilidad de la imagen a variaciones demasiado grandes frente al... objeto (de hecho siempre ya la imagen del objeto²⁹), que exista esa fijeza de la escritura figurativa, esa mimesis que evoca un desnudo indisociable de su modelo, ¿acaso no demuestra justamente la inexistencia como tal o, mejor dicho, "en sí" de la imagen? Existir es, desde el sánscrito que forma la raíz, "*stare* (estar)-*ex* (fuera de)", es justamente lo que la escritura figurativa, en su relación con el objeto, no puede hacer. Y por cierto, esa rigidez señala una incidencia del falo, que viene como a hacer que "se sostenga", *stare*, la imagen en sí misma inexistente.

Así, no sólo diferente sino opuesto, resistente, alérgico al simbólico, el imaginario merece en verdad ser considerado como un registro, o una dimensión. El imaginario es, por excelencia, lo no-analítico; es como el lugar reservado a la no-descomposición, a su imposibilidad. To-

27. Cf. Ferdinand de Saussure, *Curso de Lingüística general*, Buenos Aires, Losada. Para una prosecución de la discusión de la función del árbol en la constitución del signo lingüístico cf. J. Allouch, "Un sexo o el otro sobre la segregación urinaria", *Littoral* n° 11/12, Córdoba, La torre abolida, junio 1991.

28. Los últimos trabajos de Pascal Vernus confirman de la manera más satisfactoria posible la conjetura de Lacan sobre el origen de la escritura (cf. P. Vernus, "Nombre propio y escritura en el Egipto faraónico", intervención en el coloquio *L'écriture du nom propre*, París, Centro de estudio de la escritura y Biblioteca nacional de Francia, el 8 de junio de 1995, todavía no publicado). En Egipto, el primer trazo claramente identificable como una escritura es un nombre propio de la época protodinástica (alrededor de 3150 años antes de J. C.), cuya escritura usaba elementos pictogramáticos un tanto anteriores (Gerzén, 3600 años de J. C.). Esta confirmación no sorprenderá sino a quienes todavía no hubieran tomado nota del carácter casi pleonástico de la conjetura de Lacan sobre el origen de la escritura, que consiste en determinar el problema del escrito sobre el rasgo distintivo siguiente: lo que puede el escrito y no puede la palabra. ¿Qué? ¡Y bien!, escribir el escrito. Lo que se llamó transliteración.

29. Cf. J. Allouch, *Erótica del duelo en el tiempo de la muerte seca*, Córdoba, Edelp, 1996, p. 99 y sq.

do lo que el imaginario ofrezca como extinción se llamará entonces no descomposición, sino disolución. A diferencia de la primera, ésta ya no deja ningún “elemento” en el terreno de la cosa desvanecida. Aquí sí está lo indefinido o, si se quiere decirlo así, lo interminable; solamente ahí no hay análisis. De donde se capta que la demasiado famosa cuestión del análisis interminable es un falso problema.

No podríamos cerrar el capítulo de esta no-analítica, sin presentar dos observaciones conexas que conciernen además a la práctica analítica.

1. No es verdaderamente fundado hablar de una “identificación con la imagen” como se dice “plantación de un árbol”, como si ya hubiera un objeto allí —¡la imagen!— luego una operación efectuada con ese objeto —la identificación. Semejante situación no hubiera vuelto siquiera concebible el camino abierto por Wallon, al que el “estadio del espejo” de Lacan le debe tanto. Allí hay un error que aparece como tal desde el momento en que se capta que esa identificación es constituyente de la imagen y, recíprocamente, que la imagen resulta de esa identificación imaginaria. Mediante lo cual el carácter indescomponible de la imagen pierde su extrañeza: la imagen es exactamente tan indescomponible como la identificación imaginaria (que nunca nadie pensó en recortar); es decir que lo es absolutamente. Es reconocerle a la identificación imaginaria, constituyente de la imagen, una función de... puesta en forma. Ciertamente, no es necesario que esa puesta en forma se produzca *ex nihilo*, que no haya nada antes (y es sabido que Lacan se interesaba en los objetos evanescentes, no verdaderamente constituidos como el arco iris y su reflejo o, más tardíamente, el rocío); pero la imagen como tal no se constituirá sino mediante y como esa puesta en forma. De eso se trata en el usual: “Hoy, no estoy en forma.” La expresión dice bastante claramente que uno no identifica la imagen, uno se identifica con ella, y que identificándose, uno la identifica (no sin desconocer, en esa doble operación con la imagen del otro, lo que interviene como disimetría). El hablar mismo también indica de otro modo esa especificidad del imaginario cuando formula no un “hacer” sino un “hacerse” (el imaginario, llegó a decir Lacan, es esférico *): “Uno *se hace* una tarta de cebolla” quiere decir por cierto que uno va a comprar o fabricar y luego comer la tarta en cuestión, pero

* Hay una relación de homofonía entre *se faire* (“hacerse”) y *sphère* (“esfera”). (N. del T.).

la fórmula indica también de manera menos utilitaria el juego de un goce determinado: que uno se hace tarta (juego de palabras incluido), que esa tarta es un sí mismo, que no es objeto imaginario sino mediante el sesgo falicizado de ese sí mismo. Es sabido que Freud, aunque hace falta hoy un poco de grosería para entenderlo bien, descubre que comer participa siempre por algún sesgo de "hacerse una chupada".

Fuera de ese *identificarse*, señálemoslo, se excluye considerar que una imagen sea "formadora de la función del Yo [*Je*]"³⁰. La imagen no puede ser un polo de la subjetividad, aunque sin embargo haya sido subjetivamente constituida. El conejo sujeto no se halla en el sombrero imagen sino porque habría sido puesto allí o, mucho más exactamente aún, porque lo habría sido.

2. El gran corte neurosis psicosis encuentra su razón doctrinal en el mismo lugar de la antinomia de lo descomponible simbólico y lo indescomponible imaginario. Correspondiendo con un hecho capital destacado por Lacan, por cierto que no idéntico a éste pero que ha adquirido como éste el valor de un hecho de estructura, en Freud tenemos el análisis del síntoma histérico. El brazo paralizado, señalaba, interviene en un juego de lenguaje (para decirlo en términos wittgensteinianos, más cercanos al concepto de *unebévue* que al de inconsciente, y por lo tanto menos susceptibles de ser psicologizados). Esa parálisis es una cifra, que hay que vincular como tal con otras cifras, que hay que transliterar. Y ciertamente por eso la imagen del cuerpo propio, fundada sobre la identificación con la del pequeño otro, se halla como amputada. ¿Estaría entonces des-compuesta? No precisamente. He aquí justamente la torpeza que no hay que cometer. La cristalización del síntoma "parálisis braquial" (tan caro a Charcot y lugar de la ruptura de Freud con el maestro de la Salpêtrière) deja intacta la imagen del cuerpo propio de la histérica. Es un rasgo capital que diferencia la histeria de las psicosis donde el daño parcial de la imagen convoca en seguida la no identificación con la imagen, con lo que se ha llamado el recurso al simbólico, a la analítica de lo transliterable. Dicho también de otra manera: hablar de "psicosis histérica" corresponde a rechazar la distinción simbólico imaginario.

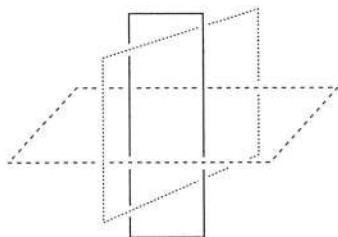
30. Jacques Lacan, "El estadio del espejo como formador de la función del Yo [*Je*] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica", *Escritos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1988, p. 86-93.

Como se advierte, ambas parejas conceptuales se acomodan una a la otra: la diferencia neurosis psicosis confirma la del imaginario y del simbólico, y recíprocamente. Esto no quiere decir que todo ande bien, sólo que en cierta medida funciona, aunque sea sobre dos bamboleantes muletas.

La analítica del encadenamiento

El mínimo que implica la cohabitación en el sujeto del simbólico y del imaginario, dicho de otro modo, de la analítica de lo transliterable y de lo no analítico de la imagen identificatoria es su ligazón (lo que atestiguan, cada uno a su manera, los dos hechos de estructura arriba indicados).

Lacan vislumbraba ese mínimo cuando llegó a reducir el real al hecho de que son tres, los dos presentados aquí en primer lugar desde el punto de vista de la analicidad, y su ligazón. He aquí uno de los enunciados en que sin duda Lacan significa más de cerca ese mínimo³¹; esta declaración se basa en la cadena siguiente, presentada en el espacio de tres dimensiones y especialmente elegida porque esta presentación parece verdaderamente descartar toda idea de concatenación entre los tres cuadrados de cuerda:



He aquí lo que hace Lacan, por lo menos he aquí esa declaración tal como nos la ofrece la versión Chollet:

31. Jacques Lacan, *R.S.I.*, sesión del 11 de febrero de 1975, p. 11 de la transcripción Chollet.

No basta llamar a ese nudo el Real. El Imaginario, en este esquema, no es un círculo imaginario. Si el nudo se sostiene, es justamente porque el Imaginario debe ser tomado en su consistencia propia y sin duda ya que este esquema es lo que nos constriñe, al menos por mi intermedio, es porque el uso del Simbólico no debe tomarse allí evidentemente, como todo lo indica en la técnica del análisis, en el sentido corriente de la palabra: el Simbólico no corresponde solamente al blablablá. Lo que tienen de común es esto: no es el real, es esto el Real. El Real es que haya algo que les sea común en la consistencia. Ahora bien, esa consistencia reside solamente en el hecho de poder formar nudo.

Escribamos lo que concierne directamente al presente propósito:

[...] Si el nudo se sostiene, es justamente porque el imaginario debe ser tomado en su consistencia propia [*es nuestro punto dos*] y sin duda, ya que este esquema es lo que nos constriñe —al menos por mi intermedio— es porque el uso del simbólico no debe tomarse allí evidentemente, como todo lo indica en la técnica del análisis, en el sentido corriente de la palabra. El simbólico no corresponde solamente al blablablá. Lo que tienen de común es esto, no es el real; es esto el real, **el real es que haya algo que les sea común en la consistencia** [*subrayado mío*]. Ahora bien, esa consistencia reside solamente en el hecho de poder formar nudo.

Leemos:

1. Lo que tienen de común es esto..., *Lacan dirá qué, entretanto abre un paréntesis.*

2. No es el real; es esto el real, *Lacan muestra entonces el cuadrado de cuerda indicado como real, para exponer que el simbólico y el imaginario no tienen en común el tercer cuadrado de cuerda como dos padres tienen en común un hijo (sin embargo, concluirá que sí, aunque sólo después de haber presentado el asunto de manera diferente).*

3. El real es que haya algo que les sea común en la consistencia, *Aquí, en el límite, no se tendría más que dos cuadrados de cuerda y una consistencia común; pero justamente eso no se sostiene por sí solo, como lo indica la continuación...*

4. Ahora bien, esa consistencia reside solamente en el hecho de poder formar nudo, *esa consistencia común es realizada en el cuadrado*

de cuerda del real (donde reencontramos la versión en tres cuadrados de cuerda, primero descartada en el punto 2, aunque con el real especificado como pura figuración de la consistencia del imaginario y del simbólico).

El comentario de Lacan dice pues cómo debe ser aprehendida esa cadena, señalemos que no sin introducir una disparidad entre imaginario y simbólico por un lado, real por el otro. No hay (lo que sin embargo... hay, basta considerar esa cadena de otro modo) tres cuadrados de cuerda estrictamente equivalentes; hay dos, el simbólico y el imaginario, y otro, aunque con un estatuto sensiblemente diferente al de los otros dos ya que no haría sino inscribir algo común en la consistencia entre los otros dos. Siendo eso real (que una cuerda se sostenga es real), lo que figura esa consistencia común puede entonces ser llamado "real"³².

Según la lógica de ahora en más bien entablada, con respecto a esa ligazón real mínima entre el simbólico y el imaginario nos enfrentamos nuevamente a una analítica, aunque no será la misma que la analítica simbólica de lo transliterable; será la de un ligar.

Notablemente, más allá de dos milenios de "análisis" filosófico, sin duda más allá incluso de los tan determinantes cortes filosofía/mito y filosofía/sofística, esto se acerca al primero de los sentidos de "analizar", todavía en estrecha relación con el mito o el valor seductor de la palabra. *La Odisea* escribe que esperando a Ulises Penélope mantenía a los pretendientes a distancia componiendo durante el día el sudario de ese marido que todo el mundo proclamaba difunto y "analizándolo" (al sudario, no al marido), es decir, deshaciéndolo por la noche³³. Es obvio aquí que desligar el o los hilos del tejido era mantener ligados, digamos inclu-

32. No decimos que ésta sea la última palabra de Lacan sobre su infernal temario, ni siquiera sobre el problema específico aquí estudiado. Por el contrario, estamos entre quienes consideran, al menos hipotéticamente, que no hubo en esos últimos seminarios, sobre cualquier cuestión, la menor última palabra en el sentido de la palabra que daría una respuesta definitiva. En el estado actual de los trabajos sobre esos seminarios, en el estrago en que los mantiene la ausencia de su establecimiento crítico, toda cita parcial que se pretenda verdad general, e incluso última, de ese momento lacaniano deriva de una estafa efectuada como tal o (¿peor?) ignorada.

33. Cf. Benoît Timmermans, *La résolution des problèmes de Descartes à Kant*, op. cit., p. 1-2 de la introducción. Aunque tratándolo de otro modo, Timmermans adopta en su obra el mismo postulado que nosotros: abordar analíticamente el análisis. Escribe (p. 3): "Así nuestro proyecto de examinar el discurso sobre el análisis sería también un análisis."

so encadenados, a un determinado número de protagonistas: Penélope, los pretendientes, Ulises y el conjunto de la ciudad.

Que pase por una vez, procedamos ahora de manera deductiva a priori: puesto que el mínimo es tres, con dos analíticas y una no-analítica, es exigible que esas dos analíticas no se confundan. Ahora bien, no tendrían ninguna razón para no confundirse si articular el simbólico y el imaginario fuera desligarlos (lo que muchos han creído, y no del todo equivocadamente, desde la época del primado del simbólico). ¡En este caso en efecto no hay ninguna necesidad de un lazo entre esas dos dimensiones! La otra analítica por lo tanto no puede ser más que una analítica de la ligazón. ¿Pero qué sentido puede tener semejante expresión? Como la ligazón no tiene en sí misma *a priori* nada particularmente analítico, será preciso que esa otra analítica desligue (es su punto común con la analítica de lo transliterable, es lo que hace que pueda emplearse un mismo nombre), pero que esa desligazón sea una ligazón, sea pues un *ligar de otro modo*. Y puesto que ese ligar de otro modo con un mínimo de tres analíticas se presenta como una cadena, llamaremos a la analítica que liga “analítica del encadenamiento”.

El loco, sostenía Lacan a la inversa de la posición entonces representada por H. Ey, es por excelencia alguien libre. Nosotros decimos, a riesgo de convocar una esclavitud cuya cuenta no es seguro que la Revolución francesa haya saldado absolutamente: no encadenado. Y sin duda que semejante figura, la de alguien totalmente desencadenado, no ha sido nunca encarnada por nadie (una Christine Papin, incluso en su caquexia vesánica, sin embargo firme hasta la muerte, permanece seria, es decir, consecuente con respecto a su pasaje al acto³⁴). La analítica del encadenar de otro modo toma nota entonces de ese hecho, de esa ausencia de locura absoluta: nunca podría tratarse de encadenar lo que ya no lo está —lo que no quiere decir que este punto límite ficticio de un desencadenamiento absoluto no intervenga en la composición misma de la estructura.

Pero aquí se plantea una pregunta, en la que se trata nada menos que de la existencia misma de las dos analíticas simbólica y real: ¿acaso encadenar de otro modo puede equivaler a lo que existe en el cam-

34. J. Allouch, E. Porge y M. Viltard, *El doble crimen de las hermanas Papin*, México, epeece, 1995.

po de la analítica de lo transliterable, a saber, el “cifrar de otro modo”? Si ése fuera el caso, ya no habría más que una sola analítica, en la que no se podría distinguir bien si depende de la cifra simbólica o del encadenamiento real. Expondremos que la analítica del encadenamiento depende en efecto, como una de sus posibles modalidades, de un cifrar de otro modo y en este sentido no existe sin una posible articulación, sin una posible conexión con la de lo transliterable, pero no se deja reabsorber por eso dentro de la analítica de lo transliterable, porque su cifrar de otro modo, a diferencia del que translitera, liga y no desliga. Expondremos, dicho de otro modo, que el sitio puede tener un valor literal (*cf.* la numeración escrita de posición), mientras que también tiene un valor no literal, un valor... de sitio. La transliteración, en efecto, como acontecimiento subjetivo se escribe $S_1 \rightarrow S_2$. Tal acontecimiento, cuando tiene lugar, desliga realmente el imaginario y el simbólico, distingue efectivamente los registros imaginario y simbólico de la relación del sujeto con el objeto y alivia al objeto de una parte de plus de gozar que intempestivamente ese objeto con-llevaba. En oposición a esa razón-desligazón, la analítica del encadenamiento nunca hace otra cosa que encadenar de otro modo. Con una fórmula, se podría decir que la analítica de lo transliterable lee [*lit*] y al hacerlo desliga [*délie*], mientras que la del encadenamiento lee [*lit*] y al hacerlo liga [*lie*]. Ésta pertenece al *lili*, aquélla al *lidéli*.

Por lo tanto, habría disparidad, disimetría entre la analítica de lo transliterable y la de la ligazón en el sentido en que ésta podría valer por aquélla (ciertamente no siempre, sólo cuando las cosas se presten a ello), pero no aquélla por ésta. Ahora bien, con esa disparidad se trata del estatuto mismo de la topología lacaniana en su relación y su diferencia con el simbólico. Tratando acerca del significante como *corte*, corte de una superficie, Lacan, sabiéndolo o no, tendía a unificar las dos analíticas que distinguimos aquí, a unificar su simbólico y su real; por el contrario, no dejando de remitirse a los objetos topológicos y para concluir (o para no concluir) a las cadenas, Lacan tendía a diferenciar e incluso trataba como distintas a esas dos analíticas. ¿Por qué en efecto esa insistencia *con* esos objetos, si no porque manifiestan algo inasimilable dentro de la analítica de lo transliterable? ¿Qué? ¡Y bien!, nada menos que el lazo, que el encadenamiento en tanto real.

Nos limitaremos a una sola indicación, e incluso ni siquiera tomada de Lacan. He aquí pues, para concluir ligeramente esta presentación de las tres analíticas, una pequeña historia cuyo carácter a primera vista personal se excusará.

Recientemente, el día en que abrí *La casse*³⁵ * de Pierre Bergounioux (la obra indica de entrada que ingresar a ella no tiene nada de obvio), fui curiosamente impulsado, inmediatamente después, a leer en voz alta tres de sus páginas en mi seminario, tanto pareciera que decían, con una precisión muy grande, lo que podría ser la posición de un psicoanalista con un así llamado "autista". Esa manera arborícola de dejar de ser, ¿cómo guardarla para sí? Sin embargo, de allí se dedujo... una pregunta, que no había más que recoger en otra parte.

La casse, en efecto, relata una gestión inaugural de Bergounioux, de treinta y cuatro años de edad, que penetra en una fundición para obtener de los propietarios el derecho a extraer unos trozos de chatarra. Treinta y cuatro, la cifra cuenta como dos veces diecisiete. A los diecisiete años³⁶, Bergounioux encuentra a Descartes. Diecisiete años más tarde, toma nota del fracaso de la empresa que había resultado de la inalienable libertad que le había ofrecido el *cogito*, la de reconocerse como pensante, es decir, como independiente por eso de toda situación donde el pensamiento pudiera tener lugar. Señalemos que esa libertad es la misma que usa todo delirio, mediante la cual reconducir la verdad del pensamiento delirante a la situación (lo que se llama "crítica del delirio") muestra que no es ninguna otra cosa sino un desconocimiento de la libertad de pensamiento tal como la revela el acto del *cogito*. Liberado, el adolescente había concluido en la posibilidad de conducir a su padre a ese registro del pensamiento donde creía poder reencontrarlo. Diecisiete años más tarde, la reacción ante ese fracaso, que fue también como el registro del fracaso, consistía precisamente en ese ir a una fundición, consistía en la resolución de darles artísticamente otra vida a los trozos de chatarra que habían tenido su hora de gloria durante la Segunda Guerra mundial, es decir, en el mo-

* A la vez "la fundición" y "lo roto" o "el destrozo". (N. del T.).

35. Pierre Bergounioux, *La casse*, París, Fata Morgana, febrero 1994.

36. La edad en que el narrador de *Ce pas et le suivant* queda tuerto.

mento en que ese padre, hijo de uno que había hecho la del 14-18, se había fijado definitivamente como huérfano, incapaz por eso de tener un hijo. La pregunta que se presentaba era por lo tanto ésta, como valoración por el dos veces diecisiete: ¿cuál era la razón de ese recurso a los trozos de chatarra, qué necesidad había en ese momento de proporcionarles otra vida (*La casse* nos propone algunos de ellos dibujados)? ¿Por qué esa gestión, sin duda tan importante como el encuentro con Descartes?

Bergounioux es un escritor, reconocido como tal. ¿Qué tiene que ver entonces, él que les da una vida inédita a las palabras, con los trozos de chatarra? Errónea o acertadamente, su doble práctica de artista (si se quiere llamarla así, aunque la palabra, por lo menos el cliché, sin duda no conviene demasiado) me evocaba a Lacan enfrentándose también con las palabras, sensible a las palabras y jugando con ellas, aun cuando nunca fue un Joyce, pero remitiéndose también por añadidura a algunos objetos que interrogaba manualmente, a sus cámaras de aire, mitras tejidas, tetraedros de cartón, bolas coloreadas y otros trozos de cuerda. ¿En qué, tanto en uno como en otro (y por cierto no se puede dejar de evocar también a Klossowski y muchos otros con ellos), las palabras no alcanzan? ¿Por qué, más allá de la nueva vida que Bergounioux les da a las palabras, esa necesidad de ofrecer además una segunda vida a unos trozos de chatarra?

La respuesta se produjo de manera inesperada. Al abrir *La Cécité d'Homère*³⁷, no provino del texto sino del libro en tanto objeto. Mi ejemplar incluía en efecto, en el hueco del pliegue de las páginas 24-25, preso en la cola y la costura de las hojas, uno de esos hilitos de papel duro, en este caso plateado, de unos quince centímetros de largo, de algunos milímetros de ancho, que la fábrica de libros incrusta a veces por descuido dentro de sus productos³⁸. Quise retirarlo. Pero el papel reaccionó como una hoja de cuchillo, tanto y tan bien que mi dedo mayor izquierdo, cortado, empezó a sangrar bastante abundantemente. ¡Era la res-

37. Pierre Bergounioux, *La Cécité d'Homère*, París, Circé, 1995 (lecciones de poética leídas durante el otoño de 1994).

38. Me dicen que se trata de un procedimiento contra el robo, de un hilo cargado magnéticamente. Tal vez. ¡Sin embargo, me he topado con tales trozos de papel incrustados de ese modo antes de la invención del magnetismo antirrobo!

puesta! En seguida recordé que en *La casse* Pierre Bergounioux cuenta que llegó a herirse con sus trozos de chatarra, lo que es más, sin darse cuenta primero de que sangraba ni por qué. Salvo el saber del accidente que en mi caso fue inmediato, yo había por lo tanto reiterado su gesto, aprendiendo entonces por esa vía lo que ya sabía aunque sin duda con un saber no muy preciso, que las palabras hieren a veces como trozos de chatarra, que pueden ser trozos de chatarra.

Pero a causa de esto el sangrado me enseñó otra cosa: que hay trozos de chatarra, que hay ese retratamiento de la chatarra porque la recíproca no es verdadera. Los trozos de chatarra con su manera real de cortar no son palabras. A los treinta y cuatro años, Bergounioux pone en práctica con ese padre inalcanzable en el terreno cartesiano del pensamiento un lazo de orden analítico (son dos distintos, de dos generaciones distintas) aunque con una analítica diferente a la de lo transliterable, con una analítica topológica. Como Penélope, no (se) paga con palabras sino que, en un ejercicio de artista, forma una cadena con una relación no (en lo que le concierne) de alianza sino de filiación.

Tres singulares articulaciones

Volviéndonos por un momento sobre lo que fue aquí nuestro trayecto, aparece algo que causa sorpresa. He aquí que no hemos podido presentar estos tres análisis sin explicitar al mismo tiempo dos singulares articulaciones entre ellos, singulares al menos en que cada una de ellas es no recíproca.

Se ha tratado en primer lugar, a propósito del síntoma histérico, de una articulación entre la analítica de lo transliterable y la de la no-descomposición, de una conexión, como vimos, no recíproca ya que le correspondía sólo a la analítica de lo transliterable poder “realizar” la distinción del simbólico y del imaginario (y ésa sigue siendo por lo tanto, al término de nuestro recorrido, la verdad del “primado del simbólico”). Ahora bien, curiosamente, acabamos de enfrentarnos una vez más con una similar articulación no recíproca entre la analítica de lo transliterable y la del encadenamiento. Esta vez no es el simbólico el que interviene sobre una falsa pareja imaginario/simbólico, sino que el real interviene sobre el simbólico para aislar allí la función de lo lo-

cal y hacer jugar esa función de alguna manera por sí misma según sus propias leyes (que por lo tanto no son simbólicas, algebraicas).

¿Podríamos entonces rizar el rizo distinguiendo la tercera articulación posible entre el imaginario y el real? Esa tercera articulación sería también no recíproca.

He aquí en todo caso una indicación. Y en primer lugar, luego de que hemos desplegado lo concerniente al imaginario como no analítico, sin duda se entenderá en su pertinencia y en su radicalidad esta declaración de Lacan del 28 de marzo de 1975 (una sesión del seminario R S I):

¿Se puede pensar el imaginario? El imaginario mismo, en tanto estamos presos de nuestro cuerpo, ¿se puede pensar el imaginario, como imaginario, para reducir —si puedo decirlo así— de alguna manera la imaginariidad³⁹, o la imagería como ustedes quieran? Uno *está* en el imaginario, esto es lo que hay que recordar. Tan elaborado como se lo haga —y es a lo que el análisis los conduce, < en el imaginario, uno está. No hay medio de reducirlo en su imaginariidad.

Y Lacan proseguirá:

Es en esto que la topología da un paso.

Esa topología es una analítica del encadenamiento. Vimos que está por un lado ligada a la letra, poniendo en juego dentro de lo literal lo que le es propio, a saber, la función de lo local. Pero también está vuelta hacia el inanalizable imaginario, tomando a su cargo como dependiendo de su dominio propio las transformaciones de imágenes (la flexibilidad de los objetos topológicos contrasta con la rigidez de las esquemáticas imágenes identificatorias). En ambos casos, la analítica del encadenamiento no puede sino fracasar en reabsorber aquello de

39. Lacan en sus seminarios crea muchos de los que se ha convenido en llamar neologismos. Citemos, a partir de una relectura de las últimas sesiones del seminario *Le transfert...*: “intactitud”, “incisividad”, así como el verbo “*orer*” (forjado a partir del sustantivo *orant* [“estatu orante”]) el 14 de junio de 1961 (páginas 6, 7 y 12 de la transcripción Chollel), una sesión particularmente productiva, “inficción” el 17 de mayo (p. 16), “intersivamente” el 21 de junio (p. 12).

lo que sin embargo es legítimo que trate. Justamente en esto, las dimensiones son tres; en esto, la analítica del encadenamiento se deja identificar como el real de ese tres.

Deletreemos pues el alfabeto de estas articulaciones: un simbólico vuelto hacia el imaginario, un real vuelto hacia el simbólico, un real vuelto hacia el imaginario. Mientras que el real difiere del simbólico en que aquél está dos veces “vuelto hacia”, el imaginario no está vuelto hacia nada —lo que en efecto se podía esperar como confirmación de su estatuto negativo en la analicidad.